

2.3. COOPERACIÓN FRENTE A LA COMPLEJIDAD

Decimos que algo es complejo cuando simplemente no lo comprendemos. Por ello, por un lado produce turbación, inquietud e inmovilización, y por otro se convierte en refugio del desconocimiento. En ambos sentidos se relaciona con los problemas de la paz y la violencia. Y una vez dotados de la humildad necesaria para reconocer que no lo abarcamos todo, es aconsejable revigorizar el pensamiento para, a

8. Algunos de estos aspectos los hemos visto en el capítulo precedente.

pesar de reconocer las limitaciones del mismo, aproximarnos al máximo a la aprehensión de la realidad, para poder potenciar la paz y frenar los fenómenos de la violencia.

Vemos, pues, que nuestros campos de estudio son complicados, complejos, y estamos comprometidos y convencidos de la necesidad de investigar la Paz y lo Derechos Humanos, para poder abordar, en las mejores condiciones posibles, los desafíos que tenemos al respecto. Evidentemente el abordar un objeto de estudio sujeto a tantas variables y relaciones como hemos descrito hasta el momento exige dotarnos de un «pensamiento complejo», un pensamiento que sea capaz de articular las variables de la especie humana (biología, organización, emociones, inteligencia, ...), de potenciar los valores que estimemos oportunos y las metodologías y epistemologías más idóneas posibles para estos fines. Algo complicado sin duda, pero absolutamente real en la medida en que todas nuestras prácticas llevan una «carga teórica» que incluyen todos estos presupuestos.

Además, tal como hemos señalado, estos campos de estudio se relacionan con otros cercanos (estudios de mujeres, desarrollo sostenible, postcoloniales, ...) que aportan, asimismo, perspectivas teóricas dignas de ser tenidas en cuenta. Existe una retroalimentación entre los diversos campos transdisciplinares que abordan la complejidad del ser humano. Igualmente en todos aquellos que proponen y trabajan por mundos más justos.

Las formas de la cultura, por ejemplo, de las que los derechos humanos son una parte inescindible en estos inicios de siglo, son siempre híbridas, mezcladas, impuras. No hay formas culturales puras, aunque ésta pueda ser la tendencia ideológica de gran parte de la investigación social. Nuestras producciones culturales y, en consecuencia, aquellas con trascendencia jurídica y política, son ficciones que aplicamos al proceso de construcción social de la realidad. Reconocer que nuestras categorías e instituciones se basan en ficciones, no implica degradar su naturaleza de instrumentos, de técnicas adecuadas para llevar a la práctica nuestra concepción de la sociedad. Pero hacerlo así nos pone en evidencia algo muy importante para el diálogo y la capacidad de transformación de lo real: todas estas construcciones están determinadas por la historia y por la labor interpretativa de la humanidad. Por algo en la raíz etimológica del término ficción está el verbo «hacer».

Así pues, la Paz y los Derechos Humanos son un tema de alta complejidad por hacer referencia a asuntos humanos y por los objeti-

vos que persigue. Por un lado, en ellos se da una confluencia estrecha entre elementos ideológicos y culturales. Por otro, su naturaleza normativa está estrechamente imbricada en la vida concreta de las personas. Por su propios contenidos éticos y científicos se enfrenta con unos objetivos normativos que apelan a unas condiciones sociales de justicia y equidad y al estudio de todas aquellas variables individuales, grupales y de especie que de una u otra forma las han posibilitado en el pasado, el presente o sus proyecciones hacia el futuro, y la concurrencia de todas las ciencias y disciplinas que ayudaran a poder comprender estos objetivos. No podremos comprender de qué estamos hablando sin un análisis que no parta de dicha complejidad teórica y dicho compromiso humano. Es necesario entonces volver al viejo canon humano de la cooperación para poder afrontar con alguna posibilidad de éxito este nuevo desafío.

Queremos asumir la tarea de investigar sobre el «bienestar» individual y social desde todas sus ventajas y dificultades y desde todo el compromiso que nos exigen. La Paz y los Derechos Humanos, como por lo general todo fenómeno político y jurídico, están penetrados por intereses ideológicos y no pueden ser entendidos al margen de su trasfondo cultural. Sin embargo, como ocurre cuando un fenómeno se reconoce jurídicamente, se comienza a negar su carácter ideológico, su estrecha vinculación con intereses concretos, y su carácter cultural; es decir, se le saca del contexto, se universaliza y, por ello, se le sustrae su capacidad y su posibilidad de transformarse y transformar el mundo. Esta tendencia es la que permite que el derecho pueda ser objeto exclusivamente de análisis lógico-formales y sometido a cierres epistemológicos que lo separan de los contextos y los intereses que necesariamente subyacen al mismo.

Lo puro, lo perfecto, es lo intrínsecamente simple, lo únicamente él mismo; sólo admite la contemplación inmediata de la mística. Por el contrario, lo impuro es siempre y únicamente con respecto a otros, ofreciendo posibilidades infinitas a la reflexión y al discurso. Por ello, sólo lo impuro está sometido a la relación con otros fenómenos: es determinable su posición en un espacio; su disposición, con respecto a lo otro que no es él mismo; y su posibilidad de narración, dada su estrecha conexión con el devenir temporal.

A lo puro sólo puede llegarse por vía negativa, es decir, despojando al pretendido objeto de conocimiento de todas sus impurezas y negándole sucesivamente los atributos de una existencia en sí y por

sí. Hacia lo puro sólo puede marcharse remontando desde lo impuro (lo plural, lo relacionable, lo narrable) hacia lo que, en última instancia, no puede (ni quizá, deba) ser descrito ni analizado. Estamos ante el método dialéctico (parmenídeo-platónico) de aproximaciones sucesivas e «infinitas» hacia algo que nunca llegaremos a conocer.⁹ Pero lo peor para una investigación crítica y compleja de los derechos consiste en que al encerrarnos en la búsqueda de lo absoluto, el mismo método nos va a impedir en el futuro volver a tomar contacto con el contexto (con lo plural, lo relacionable, lo narrable).

Lo impuro, imperfecto, exige, por el contrario, una vía positiva de acercamiento. Lo único que podemos conocer es aquello que está situado, lo que tiene una posición en un espacio concreto. El conocimiento de lo impuro exige reconocer los vínculos que se dan entre los fenómenos que componen el objeto de nuestra investigación. Asimismo, tomar conciencia de la esencial pluralidad de todo objeto de conocimiento, o, lo que es lo mismo, su dis-posición, nos induce a reconocer los contenidos y las diferencias que hacen del mismo el objeto de nuestro afán de conocer. Al ser narrable, a causa de su inserción en la historia, necesitamos entender las razones de su movilidad, de sus transformaciones, de sus cambios. Aquiles salta. La tortuga mira sorprendida la sombra de Zenón que se aleja confuso. Una filosofía de lo impuro nos pondría delante de las siguientes categorías o instrumentos de trabajo: Espacio, contexto, posición, vínculos; Pluralidad, diferencia, dis-posición, contenidos; y Relato, historia, narración, temporalidad, movilidad.

Como veremos más adelante, analizar un derecho humano o una política de los mismos desde la perspectiva de lo impuro nos obligaría a estudiarlos y ponerlos en práctica teniendo en cuenta la posición y los vínculos que se dan en un espacio concreto y determinado. Nos conduciría necesariamente a conocer la disposición que dicho derecho tiene con respecto a otros, con lo que tendríamos que conocer sus contenidos y sus diferencias relativas. Y, finalmente, reconocer las narraciones que sobre él se han vertido, teniendo presente la continua movilidad de lo real.

9. Sobre las dialécticas sutiles y abiertas nos extenderemos más en el capítulo cinco.

Como afirma Steiner, «...la actividad humana no progresaría mucho mientras continuemos considerando lo 'falso' —leamos, lo 'impuro'— como algo primordialmente negativo, mientras sigamos considerando la antiobjetividad, la contradicción y todos los matices de la condición como modos especializados y a menudo engendrados por una lógica bastarda»¹⁰. Lo puro es aquello que abomina de esos «matices de la condición» que son la acción, la pluralidad y el tiempo, los cuales constituyen las tres fobias de toda filosofía purista: fobia a la acción, fobia a la pluralidad y fobia al tiempo. Construyendo toda una apariencia de movilidad, el único movimiento, la única acción que permite es la que continuamente se va deteniendo en los grados intermedios. Va aplazando continuamente la llegada. Así quedamos atrapados en un juego socrático de palabras. Sofística de la peor especie. Sabemos desde el principio que nunca llegaremos a la contemplación de la idea pura o a la realización terrenal del bien. ¡Cuántos diálogos platónicos tienen un final abierto, no por actitudes democráticas o pluralistas, sino por la imposibilidad de alcanzar la meta deseada! En realidad no nos movemos, sólo aplazamos indefinidamente el salto final hacia el conocimiento, puesto que lo que se niega es precisamente el espacio donde los términos de la discusión hallarían su contexto. Al hurtar la categoría de espacio, nos quedamos sin la posibilidad de actuar sobre la realidad. Sólo tenemos una apariencia de acción. Apariencia de movimiento.

Y, por otro lado, sufrimos también de una apariencia de pluralidad. Instituyendo la dualidad, el purismo reniega de la pluralidad al estabilizar en dos la multiplicidad de conexiones de lo real. La dualidad es algo ajeno a la experiencia: supone una esquematización de la realidad, el predominio de un polo sobre otro, una lógica de orden que desplaza la importancia del conflicto. Verdad relativa *v(ersus)* verdad absoluta; libertad *v* universalidad; teoría *v* práctica; forma *v* contenido. Todos estos falsos dilemas esquematizan nuestra forma de ver el mundo. Nos colocan ante pretendidas oposiciones irresolubles, cuando no son más que diferentes aspectos del proceso de investigación en ciencias sociales. En definitiva, la dualidad es disyunción, desgarramiento, elección entre polos ficticios y reductores de toda complejidad.

10. STEINER, G., *Op. cit.*, p. 534

Y, por último, el purismo abomina del tiempo. Lo perfecto y puro se sitúa en el origen de todo. Está excluido del devenir. Idealiza un pasado (edad de oro) que estuvo y ya no está y nunca volverá a estar. Postula (escatología) un futuro al que nunca se llegará. De un modo u otro, niega el presente y las posibilidades de transformación. El devenir purista no es más que la repetición mediante la cual lo mismo se convierte en lo mismo. Rechazando lo otro, se exorciza la relación. Abominando del tiempo, se exorciza la historia. Postulando una caída original, se desprecia la conciencia del cuerpo y del espacio. Adán y Eva aprehenden su cuerpo (desde la vergüenza), el espacio donde están (la pérdida irreparable del Paraíso), la realidad de lo otro (mujer-hombre) y asumen el tiempo, su tiempo como castigo (la vejez, la inevitabilidad de la muerte). Una filosofía de lo impuro reivindicará siempre aquellos «matices de la condición» que son la acción, la pluralidad y el tiempo, bajo la forma de una aceptación explícita del espacio, del tiempo y la historia, de lo otro y de lo corporal como base de todo su afán de conocimiento. Consecuentemente, una filosofía de lo impuro entenderá la paz y los derechos humanos desde la realidad de lo corporal, asumiéndolo sin vergüenza; del tiempo, visto como la posibilidad de cambio y transformación; de la alteridad, o, lo que es lo mismo, de la diferencia y de la pluralidad; y del espacio, el contexto físico y simbólico al que hemos sido «arrojados» sin compasión.

Obviamente, un aspecto de la crisis actual, relacionada de una u otra forma con la globalización, viene motivado por la aceleración de los cambios y por la *complejidad* de las interrelaciones existentes, lo que da lugar a la escasa capacidad de comprensión de lo que acontece. Esta dificultad para comprender la realidad compleja está fomentada, entre otros factores, por la excesiva tendencia a fragmentar el conocimiento y por una mala orientación de los esfuerzos en investigación. Frente a ello es necesario, por un lado, buscar nuevas estrategias de pensamiento, epistemológicas, que superen la fragmentación referida y, por otro, establecer nuevas prioridades en la asignación de recursos para investigación y desarrollo. Sobre estas cuestiones volveremos en el último apartado del presente trabajo.¹¹

Como estamos viendo, son tantas las preocupaciones asociadas a la paz, tantas las escalas, las variables culturales, las propuestas teó-

11. Nos relacionaremos también con estas temáticas en el capítulo siete.

ricas, que a veces podríamos sentirnos turbados e incluso desanimados ante tan inmenso campo. Pero hay otra manera de enfocarlo: en primer lugar comprender que esto ocurre por la propia complejidad de la especie humana, en cualquiera de sus manifestaciones; en segundo lugar esto es fruto de la propia riqueza cultural humana en la que las normas y comportamientos propiciatorios de la paz son mayoría; y en tercer lugar estas situaciones sólo pueden ser abordadas desde métodos cooperativos que sean capaces de confluir en espacios culturales y científicos donde cada aportación particular adquiera mayor sentido.¹²

También es preciso resaltar cómo en estos debates repercuten los propios modelos que sobre el ser humano tengamos, ya que las circunstancias de sus horizontes, objetivos, intereses, necesidades, percepciones, sentimientos o derechos nos fuerzan a reconstruir los modelos ontológicos o antropológicos que poseamos. La especie humana es única pero a lo largo de su historia, en sus relaciones con el universo, la tierra, la naturaleza y su propia especie, ha tenido experiencias múltiples que hacen que el presente, y el futuro, esté lleno de tal diversidad vivencial y cultural que obliga a dotarse de la suficiente sensibilidad intelectual y epistémica para comprender y potenciar la mejor «humanidad» posible.

La complejidad no puede ser una varita mágica que todo lo resuelva pero es, por el momento, uno de los caminos que pueden dar algunas claves, ya que asume el estudio de la trama de relaciones entre entes heterogéneos en cuanto sus aspectos cualitativos y cuantitativos que incluye acontecimientos, acciones, relaciones, interacciones, re-
—como decíamos anteriormente— la complejidad nos relaciona con la imperfección, porque se relaciona con lo irreductible y la incertidumbre. Así pues, por un lado produce turbación, inquietud e inmovilización, por otro se convierte en refugio del desconocimiento. En ambos sentidos se relaciona con los problemas de la paz y la violencia. Muy al contrario, es necesario revigorizar el pensamiento para, a pesar de

12. Algunos de estos aspectos los hemos desarrollado en MUÑOZ, Francisco A. y MOLINA RUEDA, Beatriz (2003) «Estudio e investigación de la paz», en MUÑOZ, Francisco A., MOLINA RUEDA, Beatriz y JIMÉNEZ BAUTISTA, Francisco, *Actas del I Congreso Hispanoamericano de Educación y Cultura de la Paz*, Granada, pp. 35-54.

reconocer las limitaciones del mismo, aproximarnos al máximo a la aprehensión de la realidad.¹³

El pensamiento generado en torno a la paz adquiere, por las características que hemos definido hasta ahora, la calidad de instrumento para afrontar la complejidad en sus diversas escalas. Efectivamente, los conflictos tienen un potencial enorme de comprensión —al menos de los fenómenos humanos—, y la paz —como regulación justa y equitativa de los mismos— participa de esta potencialidad y propone salidas deseables de los mismos. La conflictividad tiene que ser necesariamente abordada desde unas epistemologías abiertas inter y transdisciplinarias que son condiciones sine qua non para abordar la complejidad. Las relaciones entre la paz imperfecta, las mediaciones y la violencia estructural sólo pueden ser, finalmente, comprendidas por los presupuestos de la complejidad.

Las distintas disciplinas, que por sí solas se encuentran limitadas e inoperantes ante la evidencia de sus dependencias de fenomenologías más amplias y paralelamente de unas dimensiones mayores de la complejidad —particularmente de los cambios que se producen y las relaciones entre las partes y el todo—, necesitan de estrategias epistemológicas —si queremos también axiológicas y ontológicas— para poder ubicarse en la aventura de comprender el universo y a estos animalitos recientes llamados humanos.¹⁴

Desde esta perspectiva de la complejidad pueden ser comprendidos algunos de los cambios que se producen, que parecen desafiar a la flecha del tiempo —las tendencias marcadas por las leyes de la termodinámica— y que confieren alguna esperanza al futuro de la humanidad, relacionada con la capacidad de autoorganización. No en vano,

13. MORIN, Edgar (1995) *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona. El autor nos presenta tres principios que pueden ayudarnos a pensar la complejidad: principio dialógico (que permite asociar términos a la vez complementarios y antagonistas —permítannos que salvando las distancias lo asimilemos a la relación de paz imperfecta y violencia estructural—); principio de la recursividad organizacional («los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que se produce»); principio hologramático («el menor punto... contiene la casi totalidad de la información...»).

14. Cf. WAGENSBERG, Jorge (1994) *Ideas sobre la complejidad del mundo*, Barcelona.

Mayor Zaragoza ha utilizado estas teorías como marco de algunas de sus propuestas de paz.¹⁵

Las propias acciones pacifistas se interaccionan con el conjunto de actividades y realidades sociales. Y las consecuencias de estas relaciones son a veces incontroladas por los propios sujetos de la acción. Esto quiere decir que pasan a formar parte «inmediatamente» del entramado complejo de la realidad circundante y, lógicamente, no serían lo suficientemente eficaces si no se sitúan en estrategias que tengan en consideración estas condiciones y a la vez sean evaluadas desde sus implicaciones complejas.

Los seres vivos, como entes organizados, toleran mejor el desorden en la medida en que sea más compleja la organización, como complemento la solidaridad entre sus miembros también permite unos mayores niveles de tolerancia.

15. MAYOR ZARAGOZA, Federico (1997) *Una nueva página*, México.